

LA HISTORIA DEL ESCRITOR

Llevo décadas paseando por las calles del mundo sin ningún rumbo fijo. Hoy estoy en París, mañana a lo mejor en Milán y al día siguiente, puede que rumbo a Chicago...

Viajo desde que tengo memoria. Me encanta viajar. Ahora se ha vuelto una parte fundamental de mí. Como el corazón o los pulmones. Todos mis viajes los escribo aquí, en mi diario, para no olvidarme de nada. Este es lo único que me queda al final del día. Es lo único con lo que anochezco y lo único con lo que me levanto. Es el recuerdo de todas mis vidas pasadas.

También es mi castigo. Mi esclavitud.

Toco sus bordes, el cuero que lo recubre está desgastado, pero sus páginas siguen blancas y nunca se terminan, pese a las veces que he rezado por llegar a la última.

—Somos eternos— susurré en voz alta.

Guardé la libreta en mi bolso y me levanté del banco para irme al hotel. Marcaban las ocho de la tarde cuando entré en la habitación, me quité la ropa y me entré dentro del baño para darme una ducha que se extendió por casi una hora. Después llamé a recepción para cenar en la habitación. Eran casi las doce cuando me fui a dormir, mirando por última vez mi reflejo en el espejo, un reflejo que ya no iba a volver a ver.

Hoy me había levantado siendo una famosa periodista de moda que trabajaba en Francia y vive dándose los mejores lujos. Pero también he sido maestra, piloto, atleta, pintora, CEO de una compañía...

He sido innumerables personas a lo largo de tiempo. He vivido todo tipo de situaciones y de momentos: me han pedido matrimonio en un barco, he salvado la vida de personas, he escalado montañas, nadado en ríos con cocodrilos y he besado a completos desconocidos.

He vivido tantas vidas y ninguna era la mía.

Despierto cada mañana siendo alguien diferente, que tiene una vida, su *propia* vida. Que tiene un hogar al que ir, que tiene una familia y unos amigos a los que acudir cuando le duele el corazón. Que comparten amor con alguien, alguien muy especial para ellos...

Cerré los ojos imaginando una vida así y deseando, como tantas otras noches, que a la mañana siguiente despertase en el mismo cuerpo. Pero no fue así.

Al día siguiente corrí al espejo para verme, ahora tenía otro aspecto. Seguía siendo mujer, con el cabello blanco como la nieve, la piel muy pálida y unos ojos marrones oscuros.

Me encontraba en una habitación algo pequeña, con la ventana empañada por el contraste entre el frío de fuera y el calor de dentro. Me cambié con la ropa que encontré doblada sobre el escritorio y tras tender la cama salí para ver donde me encontraba, no sin antes coger el dichoso diario que estaba esperándome sobre la mesa de la cocina.

El cielo estaba de un color plomizo y el viento corría provocándome escalofríos. Anduve hasta que encontré una cafetería, donde desayuné mientras leía el periódico.

Londres. Estaba en Londres.

Fruncí el ceño. Llevaba muchos siglos sin pisar Londres. Nunca había amanecido en la ciudad inglesa. Observé de nuevo para ver si me había confundido, pero no, volvía a estar en mi país. En mi casa.

Me apuré en acabar y salir de allí para explorar. Londres ya no era el mismo que cuando me marché, ahora era una ciudad como todas las demás: con edificios industriales, autobuses, tráfico y gente con mucha prisa.

De repente, se me ocurrió un lugar al que tenía que ir.

—Perdona ¿Sabe cuánto se tarda en llegar hasta Ealing? — pregunté a una señora que esperaba en la parada.

—Tardarías una hora con el tren, pero si coges este autobús y andas un poco llegarás en menos.

—Gracias— le respondí y ella me sonrió amablemente.

Tarde exactamente cuarenta minutos hasta llegar al antiguo barrio londinense. En el camino había estado charlando con la dulce señora hasta que ella se bajó dos paradas antes de la mía, deseándome suerte en mi viaje.

Comencé a andar por las calles, sin saber muy bien a donde dirigirme, pero quería verlo todo.

Me pateé todo el barrio, vi los monumentos, las casas, los antiguos pubs irlandés, el colegio al que yo asistí de niña y que ahora se encontraba cerrado... y cuando mis pies empezaron a picar del dolor, decidí meterme en la antigua iglesia de St. Mary, que era lo único que no estaba cerrado y me senté a escribir.

Estaba tan absorta en mi escritura que no me percaté de la sombra al lado mía hasta que su voz, esa voz, me hizo sobresaltarme y mirarle.

—Tanto tiempo mi querida escritora.

—¿Qué haces aquí?

—Celebrar nuestro aniversario— me dijo, con una sonrisa felina. —No me puedo creer que te hayas olvidado de nuestro día.

Le miré con unos ojos llenos de rabia. Seguía estando igual, con su semblante seductor y sus ojos oscuros al igual que su alma.

Quise abofetearle.

Quise culparle de mi miseria.

Quise gritarle cuanto le odiaba.

—Hoy es 20 de noviembre del 2018. Hoy hace doscientos años desde nuestro pacto.

Agaché la cabeza, apreté los puños y cerré los ojos. Doscientos años desde la última vez que vi a mi familia, a mis amigos, a mí misma. Doscientos años desde que hice el trato que condenó mi alma para la eternidad por haber soñado demasiado.

—Por eso me has traído a Londres.

—He sido generoso contigo— acerca su mano para acariciarme la mejilla. —¿No te ha gustado volver aquí?

—Sabías que vendría a la iglesia.

—Por supuesto— él acercó su rostro al mío. —Este es el templo de las plegarias y yo siempre las atiendo, pero eso ya lo sabes, Elise.

Oír mi nombre salir de sus labios me enfurece, tanto que me aparto bruscamente levantándome del banco.

–Yo ya no soy Elise, tú te encargaste de eso.

Salí de allí con rapidez y cuando el aire frío me pegó en la cara no pude evitar llorar, lanzando lejos de mí el diario y deseando que jamás volviera a mis manos.

–Te dije que lo que me pedías tenía un precio.

–Nunca dijiste que este sería el precio.

–Tú querías esto– de repente vuelvo a tenerle delante. –Tú me rogaste esa noche que hiciera realidad tu sueño. Dijiste que harías *cualquier cosa*.

–¡No condenarme por toda la eternidad! – le grité furiosa. –¡No levantarme cada mañana y ser otra persona! ¡Te pedí que me liberases de mi vida, no que acabases con ella!

–No me culpes a mí– su brazo enganchó mi cuerpo y tiro de mí hasta colocarme frente a un charco de agua. –Fuiste tú la que aceptó y firmó este diario.

Observé el cuaderno en su mano y quise arrebátárselo, pero no me dejó. Su agarre seguía firme y el reflejo de ambos en el agua me transporta años atrás, cuando yo había cumplido mi mayoría de edad y deseaba irme a vivir a la ciudad para comenzar mi sueño de ser escritora. Hasta que, esa misma noche, anunciaron que debía de casarme con el hijo del íntimo amigo de mi padre.

“Por negocios” me dijeron “Por la familia”.

Fue ahí cuando pedí desde mi ventana que alguien me liberase de ese injusto final. Fue cuando él respondió a mis plegarias.

Me dijo que me salvaría.

Me hizo confiar en él.

Me engañó y me convirtió en su marioneta.

Y ahora me encontraba sostenida por él, la noche de mi doscientos dieciocho cumpleaños. En un cuerpo que no es el mío y en una vida que nunca disfrutaré.

–Feliz aniversario, Elise.

Me volví para mirarle. Sus ojos brillaban un poco más bajo la luz de la luna y su pelo oscuro caía desordenado sobre su frente. Su mano sujetaba mi cintura mientras la otra acariciaba mi mandíbula y cuando iba a decir algo, sentí sus labios estamparse contra los míos, haciéndome recordar la última vez que le había visto.

No pensé nada, no sentí más que su calor envolviéndome y sus manos sujetándome con fuerza mientras caía al suelo y poco a poco iba perdiendo la conciencia hasta no ver nada más que oscuridad. Cuando desperté, estaba sola en la habitación. Encendí la luz y me acerqué al espejo, ya no era la mujer de ayer, ahora tenía un rostro completamente diferente. Me apresuré a coger el diario y leer la última hoja que había escrito, pero no era mi letra la que aparecía, sino una mucho más delicada y suelta.

“Cuéntame más historias”

Y como de costumbre, volví a vivir la vida de un extraño y a la noche, escribí una historia que no era la mía. Porque después de todo, soy la escritora y no la protagonista.